

VIERNES SANTO

CAMINO DEL CALVARIO

Por José Luis LUCAS ALEDON

En recuerdo al abuelo «Pantaleón», que fue clarín de las TURBAS, cuyo agudo eco no se ha perdido.

«En cuanto amaneció el día iban a Pilatos llevando al nazareno. Preso y conducido al pretorio romano, hacia Torreá Antoniala, ciudadela de Pilatos, a la que se subía por la Escala Santa, veintiocho gradas de mármol blanco.»

¿En qué gradas sujetará a la noche Cuenca para resistir hasta el momento preciso, que llega con el frescor matutino del Viernes Santo? Aun y a retazos se escucha por las plazuelas el rumor del Miserere a Jesús burlado y con la caña, las lágrimas contenidas, llenas de emoción religiosa, sublimes y maternales de la Soledad, han quedado por entre los chopos y junqueras del río como un rocío penitencial.

Por el crepón negro de los rincones va refugiándose la noche esta, que jamás será tan noche y esconderse quiere a la súplica piadosa del pino en el zafiro del albor fresco... Y se agarra a la reja, al muro, al farol cariacontecido del esquina para ser proel y espectador místico del agraviado sacrificio que se prepara con una solemnidad telúrica en el Viernes Santo de Cuenca. Lloro con el recuerdo de los siglos de aquel sofocante 15 de Nisan entre palmerales y olivos, vino y burla del gentío que en casa de Anás, festejaba la Pascua. Callofrió por el imprevisto de recibir en sus carnes y en la de sus hijos el agua exiatoria con la que justificarse quisiera Poncio Pilatos.

No deja más que percibirse la claridad por encima de San Gil, cuando la TURBA reclama ante El Salvador al preso que ha de padecer el suplicio que él santificaría.

Atrás ha quedado el homenaje loco e incomprensible a Barrabás al que de nuevo se le olvidará para que vague solo y errante durante toda la eternidad.

A la Plazoleta vienen a converger todos los ecos, todas las voces, todas las luces, el sudor mileniano del miedo, la locura, el éxtasis...

Bajan desde la Plaza Mayor por el Peso y Caballeros, vienen por Alonso de Ojeda, desde el Túnel, pasan por delante de la Esperanza para reunirse en una mezcolanza y colorido que no hay paleta de pintor que compararse pueda.

La TURBA sin ritmo grita a la impaciente espera. Son las cinco y media de la mañana y el chirrido del clarín lanza su escarnio. Los tambores se apalotan y las portadas abiertas, tan solo una rendija, escuchan el premonitorio de lo que va a ocurrir durante el patético camino al Litóstroto conquense. Desde Mangana se desliza la voz de su esquilón para unirse a esta soberbia sinfonía.

Abiertas las heridas del día camina El Nazareno, lirio de la mañana, entre los pábilos de las tulipas recorre el zigzag callejero.

La TURBA violenta brama con el redoble apelmazado y seco como si mil caballos golpearan sus cascacos sobre el maderamen comido de un puente.

Puerta de Valencia y por la Hoz hacia los riscos de Mirabueno el traqueteo de las horquillas exige paso y perdón.

Perdura el lechoso marco sorprendido en su duermevela por los burlones y ébrios desplantes de la TURBA farisea.

El Huécar joven y torrente, Cedrón serrano que de entre riscalles lleva su luto y rabia hasta el Júcar viejo e impotente que impacientado dirige sus eternas pupilas verdes al Gólgota de la Majestad...

...Y, el chozo nazareno de la ribera, su soledad callada lleva...

¡He aquí al Nazareno caído! El centurión teme ya por su vida y llama a Simón Cirineo que del campo venía, para que porte la Cruz inmisa hacia el ara última de la dramaturgia.

Se retuerce el dédalo de las calles laberíntico como un oráculo por la Vía del Dolor. No cesa el estruendo del rayo de burla que va pantiendo a la mañana.

Ha vuelto a caer. «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad, más bien por vosotras y por vuestros hijos.»

Verónica, como un vuelo de cisne, como un regate de pez en la fuerza de la torrentera y en la onda; esquiva al miedo a los viejos del Samedrán y acaricia compasiva la sangre y el sudor de aquel despojo que sólo guarda la gran fuerza de su ofrenda en su mirada agradecida, eterna, dura de Hombre Justo que se posa sobre la frágil mujer enmudecida.

Poco queda para llegar a la cima de la ciudad, la mañana de primavera comienza su apogeo triunfal. Está despejada. Los pájaros han huido del cielo avergonzados y espantados por el alboroto. Repta la procesión como la yedra por los muros que sujetan rosales en Zapaterías.

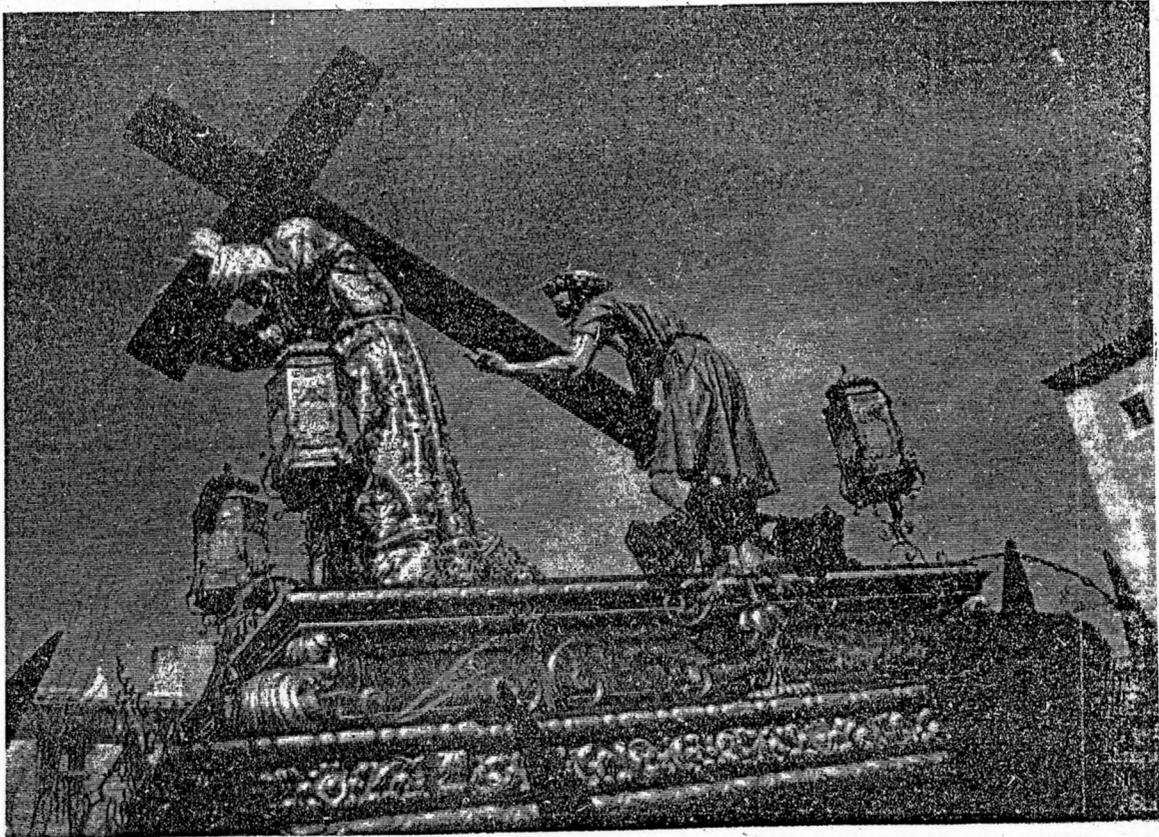
Un vahído de aire fresco por el portón de San Juan ha dado bríos a los banceros, que en los últimos peldaños, en los últimos metros se verán aplastados, imposibles de andar entre el pandemonium de color, gritos, brazos, pañillos que entorchocan «clarinás» que se escupen al rostro.

El descanso y parvedad. La fuente canta monótona en su pilón.

Sobresaliendo por entre los olmos del Escardillo va San Juan. ¿A dónde tan de mañana San Juan por la Serranía?

La palma de oro, brújula quiere ser para encontrar la Virgen María y servirle de apoyo y consuelo para su dolor y Soledad.

Las notas fúnebres de Cabañas van echando de las parcas hojas de los árboles, de las tejas rojosangre de los tejados, el burlón ronquido que les precedía como un eco de miedo y desesperación.



San Juan marcha. El obóe templado, suave y acariciador marca su paso y busca.

El reo flagelado por el feroz escarnio del populacho, los sollozos de las mujeres, la curiosidad impertinente de los extraños..., forman piedad hacia ese amasijo de carne y sangre.

Las espinas de la corona han desgarrado las carnes de su frente, tiene la nariz rota, el rostro tumefacto; pero la mirada deidificada por el máximo dolor, traspasa al alma y al corazón por muy duro que sea este como duro es el corazón de piedra impenetrable que Cuenca tiene en la mañana de Viernes Santo.

Descienden los «pasos», tras el descanso. El último encuentro de

la TURBA, con el «Rey de los Judíos» será en el Peso, donde la golondrina arrancará compasiva la Espina Santa.

Rebosa la plaza que hace atrio en el Salvador. Las TURBAS han abierto entre la muchedumbre una senda como una llaga para pasar insultantes. Es la despedida. El decir adiós. Las lágrimas embébedas, apretadas y ocultas... Satánico casi, el tambor bulle. Barrunta enloquecido el clarín...

¡Ay que se va, que se va!
¡Ay que se va, que se va!

Y el populacho se excita, Sólo quedan unos segundos, ni aún eso, micras acronológicas, que están en el ánimo por siglos. La imagen del drama durará el año entero. El perdón va en la pos-

tera mirada de NUESTRO PADRE JESUS NAZARENO DE EL SALVADOR para sus TURBAS, en ebullición sobre la empinada cuesta de la Esperanza.

Ha llegado al Calvario, al monte de la Calavera como llaman los judíos.

Sus ropas sufren expolio y sus músculos son separados por el frío hierro a golpes de clava.

Los viejos sanedritas quitan la tablilla de su cuello que como lábaro enojoso e insultante se clavará en la Cruz:

JESUS EL NAZARENO, REY DE LOS JUDÍOS.

Le dan de beber vino mirrado. Era la hora tercia y le crucificaron.